

## CAPÍTULO VII.

## ARGUMENTO.

*Gobierno Ilustre.*

Deste bello jardin, á quien el cielo  
 Por mostrar sus grandezas se dispuso  
 A darle sitio en lo mejor del suelo  
 Y los ricos tesoros que en él puso,  
 Esta es la flor, y aunque es de maravilla,  
 De otras mayores le adornó y compuso.  
 Dejo su gran lealtad, su fe sencilla,  
 Su imperial nombre, el ser y el haber sido  
 Del mundo nuevo la primera silla;  
 Sus calles, sus caballos, su ruido,  
 Sus ingenios, sus damas, su belleza,  
 Sus letras, su virtud, su abril florido,  
 Primores, joyas, galas y riqueza:  
 En todo es grande, y aunque grande en  
 todo  
 Hoy goza y tiene otra mayor grandeza.  
 No el ver la plata, el oro, y seda á rodo,  
 Ni el océano inmenso, que cargado  
 De flotas dá tributos á su modo;  
 Ni el tener todo el orbe encadenado,  
 Ni las curiosidades que le envia

El chino ardiente y el flamenco helado;  
 Que esa grandeza aquí ó allí se cria:  
 Mas la que hoy la gobierna es sola una,  
 Desde dó nace á dó se esconde el dia.  
 Es un príncipe heroico, á quien fortuna,  
 Si usara de razon, hiciera dueño  
 De cuanto abraza el cerco de la luna,  
 Y fuera á su valor cetro pequeño;  
 Que á tan alto caudal el que ahí se muestra  
 Es mundo estrecho y magestad de sueños;  
 Y así hubo de quedar corta su diestra,  
 Y él agraviado con un nuevo mundo,  
 Haciendo toda la ganancia nuestra.  
 Este es desta ciudad el sin segundo  
 Bién de que goza, esta la grandeza  
 Que la hará insigne y célebre en el mundo:  
 De España lo mejor en la nobleza,  
 De Acevedo y de Zúñiga la gloria,  
 De valor y virtud toda la alteza;  
 Del gran Mendoza de feliz memoria  
 La grave magestad y ánimo altivo,  
 De imperio digno y de inmortal historia;  
 Y de los dos Velascos muerto y vivo  
 El dulce trato, discrecion y seso,  
 Prudencia afable, entendimiento vivo:  
 La amorosa llaneza de gran peso  
 Del primero Marques, y del segundo  
 Juicio agudo, memoria con exceso:  
 De Don Martin Enriquez el profundo  
 Saber, del de Coruña la templanza,  
 Del Arzobispo la igualdad del mundo:

Al fin , donde lo mas precioso alcanza  
 De aquestos ocho príncipes, cimienta  
 Desta gran tierra y cielos de bonanza,  
 Magestad grave, altivo pensamiento,  
 Trato suave, discrecion, memoria,  
 Saber, prudencia, seso, entendimiento,  
 Amorosa llaneza, gusto y gloria,  
 Templanza , rectitud, viva agudeza,  
 Y lo que pide otra mayor historia,  
 Con ventajas y excesos de fineza  
 En el príncipe ilustre resplandece,  
 Que hoy rige esta ciudad y su nobleza.  
 Ella le ama, le adora y obedece,  
 Y no es mucho, que el mundo lo hiciera,  
 Si le pudiera dar lo que merece.  
 Al fin, Señora, aquesta es la primera  
 Silla desta ciudad , y el principado  
 Con voz de rey y magestad entera:  
 A quien sigue un gravísimo senado,  
 De autoridad, prudencia y letras lleno,  
 De lo mejor del mundo acrisolado ;  
 Una audiencia real, espuela y freno  
 De la virtud y el vicio, claustro santo,  
 Si es santo lo que sumamente es bueno:  
 Cuatro alcaldes de corte, horror y llanto  
 De ánimos inquietos, cuya espada  
 Defiende, corta, quita, y pone espanto ;  
 Sin otra grande suma señalada  
 De legales ministros inferiores,  
 Y en bondad no á la mas acreditada.  
 Fiscales, secretarios, relatores,

Abogados, alcaides, alguaciles,  
 Porteros, canciller, procuradores,  
 Almotacenes, otro tiempo ediles,  
 Recetores, intérpretes, notarios,  
 Y otros de menos cuenta y mas serviles.  
 Dejo la infinidad de extraordinarios,  
 Que á estos se llegan, y al dosel supremo  
 Sirven y asisten en oficios varios.  
 Dejo el gran consulado, cuyo extremo  
 De valor, gravedad, peso y justicia,  
 Agraviarlo, quedándo corto, temo:  
 Donde á pesar del tiempo y su malicia  
 Se aclaran mil enredos, que al decoro  
 Del mundo inventa y teje la codicia.  
 Dejo la caja del real tesoro,  
 Donde sus llaves guardan mas riqueza  
 De fe y lealtad que no de plata y oro ;  
 Y la casa enemiga de pobreza,  
 Que acuña las medallas y blasones,  
 Que el mundo adora y pone en su cabeza.  
 Dejo en silencio, paso entre renglones  
 La suma de escribientes y escribanos,  
 Que de su plaza ocupan los rincones:  
 Su gran legalidad, plumas y manos  
 Llenas de fe, con otro gran concurso  
 De honrados pretensores cortesanos.  
 Aquesto es largo y breve mi discurso ;  
 Y su ilustre cabildo y regimiento,  
 Pide un Virgilio en eminencia y curso ;  
 Y no es posible en tan medido asiento  
 Asentar un valor tan sin medida

Menos que en estrechez y encogimiento.  
 Quédese á otra ocasion mas extendida,  
 Dó ya me siento celebrar sus loores  
 En voz mas grave y pompa mas debida;  
 Y en versos de inmortales resplandores  
 Las grandezas oirán, que ahora callo,  
 Sus insignes y graves regidores:  
 Su gran corregidor, que comparallo  
 En magestad á sus alcaldes quiero,  
 Por la exageracion mayor que hallo.  
 Al fin este es el uno y otro fuero  
 Del gobierno seglar, que ser podia,  
 Como es de una ciudad, de un mundo  
 entero.  
 Estos son en su imperio y monarquía  
 Los polos, las columnas, los puntales  
 De su paz, su concierto y policia;  
 Sin otros dos supremos tribunales,  
 Cuya jurisdiccion siendo de cielo,  
 Pasa y excede límites mortales:  
 Ambos de un mismo norte y paralelo,  
 Y que siguen por medios diferentes  
 Un mismo fin y un religioso celo.  
 Un arzobispo, lumbré de las gentes,  
 Cuyo gran nombre de esperanzas lleno  
 Promete al mundo siglos excelentes:  
 Dános cielo, Señor, manso y sereno,  
 Mar apacible, aires de bonanza,  
 No usurpen nuestros males tanto bueno:  
 Llegue á dichoso colmo esta esperanza,  
 En que sola tu gloria se pretende

Y la nuestra mortal toda se alcanza;  
 Y este sol, cuya luz tanto se extiende,  
 Deje su oriente y venga á nuestro ocase  
 Adonde alumbre lo que ahora enciende.  
 Volverá el siglo de oro al mismo paso  
 De su venida, y en virtud y ciencia  
 Su Apolo gozará nuestro Parnaso:  
 Que solo le faltaba de excelencia  
 Una estrella á su cielo soberano,  
 De favorable guia y influencia.  
 Mas ya está en su cenit, y el pueblo ufano  
 En vela de un pastor, que sin exceso  
 Merece serlo del sitial romano.  
 El otro tribunal, que en igual peso,  
 Sin excepcion de dignidad ni estado  
 La religion cristiana tiene en peso,  
 Es de la fe un alcazar artillado,  
 Terror de hereges, inviolable muro,  
 De atalayas divinas rodeado:  
 Una espía, á quien no hay secreto oscuro,  
 Que tiene ojos de Dios, y el delincuente  
 Aun en el ataud no está seguro.  
 Oficio santo, en todo preeminente,  
 Desnudo de pasion y amor humano,  
 Consistorio de limpia y noble gente.  
 Y de la catedral el cortesano  
 Cabildo ilustre, que en virtud y ciencia  
 Al mundo excede y gana por la mano,  
 Lleno de graves letras y eminencia,  
 De insignes borlas, varias facultades,  
 De gran valor, gran peso y suficiencia.

No ha visto el tiempo en todas sus edades  
 Iglesia tan servida de doctores,  
 Ni de mayor tesoro de verdades.  
 Desde el menor oficio á los mayores  
 Todo es sombra de borlas y de grados,  
 En ciencia iguales, varias en colores.  
 Con un modelo de ánimos honrados,  
 Dean suyo, juez de la Cruzada,  
 De tribunal y casos reservados.  
 Y aunque entra su grandeza aquí abreviada,  
 Es este su lugar; y éste, Señora,  
 Desta insigne ciudad, mal dibujada,  
 El gran gobierno que la rige ahora.

## CAPÍTULO VIII.

## ARGUMENTO.

*Religion y Estado.*

**H**ay una duda, y no está averiguada:  
 De una rosa, un clavel y una azucena,  
 De olor suave y vista regalada,  
 ¿Cual es la parte mas preciosa y llena  
 De regalo, el olor ó la hermosura?  
 ¿A cual de los sentidos es mas buena?  
**A** la vista entretiene su pintura:  
 El olor por el alma se reparte:  
 Este deleita, aquella dá frescura:  
 Mas bien mirada es toda de tal arte,  
 Que no hay olor sin parte de belleza,  
 Ni beldad que en su olor no tenga parte.  
 ¿Quien me dirá desta real grandeza  
 Cual sale mas, la gracia en su gobierno,  
 O el olor de virtud en su nobleza?  
**A**quel es desta flor el lustre tierno,  
 Que la hace mas hermosa, y con divino  
 Olor sube su fama al cielo eterno;  
**Y** toda ella un injerto peregrino  
 De bienes y grandezas admirables,  
 Famosa cada cual por su camino:

Su gran gobierno y leyes saludables,  
 La virtud que resulta dél y dellas,  
 En música y acentos agradables.  
 Del sol parecen hijas las estrellas,  
 Y aunque lo son en luz, hacen su adorno  
 En el mundo por sí claras y bellas.  
 Si el día nos hurta el estrellado torno,  
 Por un sol que nos lleva nos envía  
 Mil hermosas centellas en retorno.  
 Así del gran concierto y policía  
 Desta insigne ciudad nace el tesoro  
 De la heroica virtud que encierra y cria.  
 Las varias religiones, que al decoro  
 De su flor son olores soberanos,  
 Y pedrería á sus engastes de oro,  
 Pobladas de gigantes mas que humanos  
 En letras, santidad, ejemplo, vida,  
 Doctrina, perfeccion, pechos cristianos.  
 De la española antorcha que encendida  
 Alumbra el mundo y reformó la tierra,  
 Tambien del tronco de Guzman nacida,  
 El clarin santo, á cuyo son de guerra  
 Tiembla el infierno, el suelo goza y mira  
 Mas luces que el octavo cielo encierra.  
 Su templo, casa y su riqueza admira,  
 Y el púlpito que dió á su regla el nombre  
 Y á soplos, letras y virtud inspira;  
 Y á la que de humildad puso renombre  
 El Serafin, en quien está el retrato  
 Del ñudo celestial de Dios hecho hombre;  
 Con los que de su misma regla y trato

Siguen descalzos de virtud la senda,  
 Y al mundo dan de pie ventero ingrato.  
 Del famoso Agustino la gran prenda,  
 En santidad y letras rico erario,  
 Del libre mundo concertada rienda:  
 La Compañía y santo relicario  
 Del nombre de Jesus, su gran concierto  
 De profesos, colegio y seminario,  
 Adonde al cielo vivo, al mundo muerto  
 Está el único fruto que pariste  
 De tu sangre y virtud precioso injerto:  
 Angel en todo, porque en todo fuiste  
 Su madre, y alma y cuerpo le criaste  
 Con la doctrina y leche que le diste.  
 La estrecha regla, donde en fino engaste  
 Resplandece la gloria del Carmelo,  
 Sin que el brocado entre el sayal se gaste:  
 Del pio Mercenario el santo celo  
 En rescatar, conforme á su instituto,  
 Los cuerpos y las almas para el cielo;  
 Y del monje antiquísimo de luto  
 Que en el monte Casino por su mano  
 Rompió de Apolo el simulacro bruto;  
 De la fria Nursia alumno soberano,  
 Hasta en el nombre singular bendito  
 Nueva grandeza el suelo mejicano.  
 Al fin con varia ceremonia y rito  
 De aquestos mares nace la corriente  
 De los bienes que abraza su distrito.  
 Sin otro tierno número de gente  
 Que de azucenas castas y jazmines

Cifien y adornan la escondida frente :  
 Gerarquías de humanos serafines,  
 Que en celestial clausura y vida santa  
 Buscan á Dios con soberanos fines.  
 La limpia Concepcion, cuyas gargantas  
 Suenan á cielo, y en aqueste fueron  
 De sus vergeles las primeras plantas.  
 Regina y su gran templo, en quien nacieron  
 Riqueza y santidad con una cara,  
 Y al nombre entera propiedad le dieron.  
 La gran clausura de la vírgen Clara,  
 Que encierra una ciudad dentro en sus  
 muros,  
 Y un cielo en su virtud y humildad rara.  
 Las Recogidas, que los mal seguros  
 Pasos del mundo vuelven y encaminan  
 A Dios con limpias almas y ojos puros.  
 Un colegio en que ensayan y doctrinan  
 Las tiernas niñas al amor del cielo,  
 Y á Dios desde la cuna las inclinan;  
 Y el monasterio Real, que el rey del suelo  
 Al que el reino le dió labra y dedica,  
 En feudo y parias de su santo zelo:  
 Templo famoso, casa ilustre y rica,  
 Con los nombres divinos, que son nata  
 De cuanto el cielo y tierra califica.  
 De la gloriosa Mónica la grata  
 Clausura y voluntario encerramiento,  
 Que es el fin solo de que allí se trata.  
 Del divino Gerónimo el asiento,  
 Sobre tu sangre ilustre asegurado,

Famoso parto de un heroico intento;  
 Adonde al noble fin de tu cuidado,  
 Si el tiempo nos trajere al bien de verte,  
 Un dichoso remate está guardado.  
 Comienza pues, Señora, á disponerte,  
 Que por aquesta puerta quiere el cielo  
 Que entres al premio de tu mucha suerte :  
 Aquí te espera un religioso velo,  
 A cuya sombra dormirá tu vida,  
 Y adorará tu nombre y fama el suelo.  
 Deste instituto y profesion de vida  
 San Lorenzo el real fundó la suya,  
 De igual grandeza y humildad nacida;  
 La Encarnacion su templo y casa, á cuya  
 Santidad corresponde su pobreza,  
 Sin que un extremo al otro disminuya.  
 De la Vírgen de Sena la realeza  
 A que la van sus frailes levantando,  
 Con la humildad midiendo su grandeza;  
 Y las tiernas Descalzas, que pisando  
 Las espinas del mundo no se espinan,  
 Que amor en flores se las va trocando.  
 Las que en el nombre y penitencia atinan  
 A imitar del Bautista la aspereza,  
 Donde cual oro en el crisol se afinan.  
 Y las de santa Inés, cuya riqueza  
 Muestra en su fundacion el valor grande  
 De quien pudo salir con tal grandeza:  
 Obra famosa, que por mas que le ande  
 El tiempo en torno siempre tendrá vida,  
 Sin que en su duracion la suya mande.

Si la obra de su autor es la medida,  
 Esta bien muestra ser de caballero  
 En nombre, en pecho, en sangre esclarecida.  
 Este pues es, Señora, el verdadero  
 Tesoro, que entre redes y cancelés  
 De tierra, en esta hace un cielo entero.  
 De aquestos amenísimos vergeles,  
 Llenos de rosas, alhelis, jacintos,  
 Jazmines, azucenas y claveles,  
 De soberano olor humos distintos  
 Llenan el cielo, y en su suelo hacen  
 Mil bellos celestiales labirintos.  
 De aquí las perfecciones tuyas nacen;  
 Aquesta es su riqueza, estas las flores  
 Que en ella un paraíso contrahacen.  
 Dejo otros oratorios inferiores  
 De ermitas, estaciones, romerías,  
 Santuarios de divinos resplandores:  
 Colegios, hospitales, cofradías,  
 Que no caben en número ni cuenta,  
 Ni yo la podría dar en muchos días.  
 Sus fundaciones, dotacion y renta,  
 ¿De que guarismo compondrán la suma  
 Por mas letras y ceros que consienta?  
 ¿Y de que cisne la delgada pluma  
 El valor contará de sus patrones,  
 Indigno de que el tiempo le consuma?  
 Sus ánimos, grandezas y blasones,  
 Que piden por padron un mundo entero,  
 ¿Como se estrecharán en tres renglones?  
 Hazañas dignas del caudal de Homero

En el mio mal pueden ajustarse,  
 Sin mucho agravio de su noble fuero;  
 Y así es forzoso que haya de quedarse  
 En amago y rasguño el mismo hecho,  
 Que pide bronce eterno en que tallarse,  
 Hasta que otro caudal, no tan estrecho,  
 Trocando en libertad este recato,  
 Deje cuanto yo agravio satisfecho.  
 Pues la gran devocion, el aparato  
 De una Semana Santa ¿quien podría  
 Dar lo pintado en natural retrato?  
 En todo es grande Méjico, y sería  
 O envidia ó ignorancia defraudalle  
 La magestad con que se aumenta y cria.  
 Pero en esta excelencia el mundo calle,  
 Que en ceremonias deste tiempo santo  
 Nueva Roma parece en trato y talle.  
 Indulgencias tantas, en su tanto  
 Limosnas, estaciones, obras pias,  
 Al mundo dichas, causarán espanto:  
 Procesiones de varias cofradías,  
 A donde he yo contado en sola una  
 Mas pasos que en un año entero días,  
 ¡O gloria del teatro de fortuna,  
 En quien se representa un mar de bienes,  
 En medio del cristal de una laguna!  
 Al fin, si á tus intentos no detienes  
 La libre rienda, y con fingido paso  
 El suyo á tu venida no entretienes,  
 En esta gran ciudad, luz del ocaso,  
 Verás, Señora, cuanto aquí te digo

Y lo mas que sobró á tan chico vaso.  
Llena de flores de un verano amigo  
Te desea dar en sus grandezas parte;  
Y siendo en ellas tú parte y testigo,  
Nada le faltará sino es gozarte.

## EPILOGO

## Y CAPÍTULO ÚLTIMO.

## ARGUMENTO.

*Todo en este discurso está cifrado.*

De cosas grandes los retratos bellos,  
Si se ha de ver la proporcion y el aire  
De su famoso original en ellos,  
Y en breve espacio con igual donaire  
Pintar un Ixion y un Ticio fiero,  
Este hiriendo la tierra, el otro el aire;  
Ora escorzando láminas de acero  
El precioso buril suba el relieve,  
O el pincel haga su artificio entero:  
De cualquier modo el que á encerrar se atreve  
En un pequeño cuadro grandes léjos,  
Y un gran Coloso en un zafiro breve,  
Sin los pinceles, gubias y aparejos  
De Apeles y Calicrates, que hacían  
Casi invisibles músculos y artejos,  
Y las líneas por medio dividían  
Y en cuerpo á las hormigas cercenaban